

## Relatos olvidados

¿Mi nombre? ¡Ja! Suena irónico. Tal vez sea una de las pocas preguntas de las cuales aún conservo la respuesta. Tal vez uno de los pocos factores que me sigue atando a esta vida. Uno de los pocos argumentos a mi alcance para seguir considerándome un hombre, una persona, un humano... Algo que me devuelve parte de mi identidad, de lo que he sido.

Es extraño lo que siento. Siento miedo a todas horas, como si estuviese completamente desubicado, como si no perteneciese al mundo en el que estoy, como si este cuerpo y estas manos no me correspondieran y solo fuese eso... un nombre.

Pero no, no, no, no. No puedo ser solo eso, me niego a aceptarlo. He de tener una historia, he de venir de algún sitio. Tengo imágenes, imágenes que cruzan mi mente, imágenes que me hablan de una vida pasada que apenas recuerdo. Pero son pocas, cada vez menos. Cada día que pasa, una parte de mí se adentra más y más en ese territorio oscuro en el que poco a poco voy muriendo.

Por esto resulta aún más frustrante, incluso agonizante. Casi parece como que el destino se plantase delante de mí para burlarse en mi cara. Por esto no puedo creer que el único recuerdo vivo que me quede sea el del día del accidente.

Recuerdo despertarme en la cama. Eran las 7.30h de la mañana y como cada día desde los últimos 10 años amanecí acostado al lado de la mujer más increíble que había conocido. Me quedé un rato contemplándola, intentado comprender como era posible que después de todo este tiempo ella siguiese con un tipo como yo. Pero bueno, supongo que siendo el ingeniero jefe del departamento de I+D no debo estar tan mal.

Finalmente me incorporé, procurando no hacer ruido para no despertarla y salí al salón:

-Buenos días señor, ¿cómo se encuentra esta mañana?

-¡Maldita sea Jane! ¡Configuración volumen de salón a 7! Y procura no hacer tanto ruido o acabarás despertando a todos.

-Volumen de salón reconfigurado. Disculpe señor.

Jane era nuestro nuevo HC (Home Computer). Se trataba, sin embargo, de una simple versión beta, una versión de prueba que los directivos de mi compañía, CSV Sytems, habían creído oportuno instalar en mi apartamento con el fin de que alguien con experiencia fuese puliendo de errores. Jane simbolizaba la mayor fuente de ingresos de CSV Systems, empresa puntera en desarrollo de tecnología destinada a la domótica.

Sin embargo, no se trataba de un día normal. Había algo, algo dentro de mí que mantenía mi mente lejos de allí, algo que no me permitió disfrutar del magnífico desayuno preparado por Jane fruto del estudio de una amplia gama de dietas ricas en proteínas. Algo que impidió que llevase a cabo la rutinaria actualización y comprobación del estado de sus bases de datos a través de nuestras conversaciones matutinas.

Se trataba de la cámara de autoabastecimiento, un dispositivo a través del cual podríamos transformar un movimiento cinético inicial en una fuente inagotable de energía y recursos. Hoy era el día en que por fin lo pondríamos en marcha. El primer día de pruebas. Este nuevo descubrimiento podría suponer una auténtica revolución en el mundo tecnológico tal y como lo conocíamos.

Entré en la sala de pruebas. Allí encontré a Marc, mi compañero de laboratorio ya listo para que diese comienzo el ensayo. Nos encontrábamos en una sala circular acristalada de tal manera que alrededor de ésta se disponía de un observatorio el cual estaba a rebosar de gente esa mañana. Algo normal teniendo en cuenta la magnitud del proyecto que teníamos entre manos. En el centro de la sala se encontraba el prototipo de la cámara que habíamos construido, situada bajo una trampilla de contención.

Mire a Marc y le indiqué que procediese. Él estaría a cargo del control y revisión del sistema mecánico, mientras que yo aseguraría el nivel de radiación y controlaría los campos.

El proceso dió comienzo. Marc inició el arranque de las turbinas principales que alimentarían en un primer momento al circuito. A los cinco minutos la fase 1 había concluido con éxito y el sistema se encontraba estable. Procedimos a la segunda fase, fase en la que deberíamos conseguir el desacoplamiento de las turbinas y el aumento del área de radiación de los campos para alcanzar la autosuficiencia del sistema. Pero algo salió mal. Aún hoy no he llegado a comprenderlo, revisé las fórmulas cientos de veces, el análisis teórico era exacto. Sin embargo, pude observar como el indicador de presión de mi monitor alcanzó un pico en pocos segundos. No tuvimos tiempo de reaccionar.

La trampilla de contención se hundió hacia dentro de la cámara provocando un efecto de absorción hacia el interior de la misma. No tuve tiempo de agarrarme a mi consola y fui sacudido hacia el hueco de la trampilla.

A partir de aquí no conservo ningún otro recuerdo. Según testigos presenciales la máquina me absorbió a su interior. Allí, supongo que las reacciones moleculares provocadas por los campos fueron las responsables del comienzo de esta pesadilla. “Muerte neuronal secuencial” o algo parecido fue como lo denominaron los médicos. Un avance lento, pero progresivo de pérdida de masa cerebral.

Fue a partir de ese momento cuando mi vida comenzó a transformarse en el laberinto que es hoy. Cuando comenzó el desfile de rostros irreconocibles. Fue entonces cuando comencé a no saber cómo responder a este tipo de preguntas.

¿Mi nombre? Me llamo Manuel y tengo alzheimer.

**Autor: Diego Rodríguez Cuervo**

**Correo electrónico: [diegorocu@gmail.com](mailto:diegorocu@gmail.com)**